

PENSAMIENTO Y VOZ DE LA JUVENTUD,

PERIÓDICO CIENTÍFICO-LITERARIO

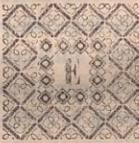
BAJO LA DIRECCION DE D. J. G. DE LIMA.

Se publica cuatro veces al mes en ocho páginas, marca española, buen papel y esmerada impresion.—La Direccion, calle del Colmillo, 12, segundo.—Su precio 4 rs. al mes en Madrid, y 5 en provincias franco de porte.—Se suscribe en Madrid en casa de Cuesta, calle Mayor; y de Lopez, calle del Carmen, núm. 29.

ESTUDIOS DE LEGISLACION.

Asociacion.

III.

 En nuestro artículo anterior espusimos cómo nacen esas formas con que se presenta el derecho de asociarse, que se denominan *familia, tribu y pueblo*, y vimos tambien que todas ellas no eran mas que este derecho realizado en el tiempo. Veamos ahora bajo qué condiciones puede realizarse la asociacion en cada una; estudiemos la estension que los otros derechos absolutos en ellas pueden alcanzar, y habremos comprendido no solo la historia de un derecho, sino la historia del desarrollo de la inteligencia en el espacio, la parte mas noble de la historia de la humanidad.

El patriarcado, la familia; hé aquí la primera manifestacion de este derecho. El padre; hé aquí el jefe; el hijo; hé aquí el súbdito: la idea absoluta de justicia; he aquí su ley: la religion natural; hé aquí su culto.

La humanidad acababa de nacer. La humanidad aun no se habia corrompido. Las ideas religiosas imperaban con una fuerza desconocida para nosotros en el corazon humano. Su sencilla inteligencia no acallaba con sofismas el remordimiento. El padre maldecia al malvado. El hijo, herido con la maldicion del padre, que era á la vez sacerdote y juez, era tambien maldito de Dios. Abatido por el remordimiento, vagaba desolado por los campos, temia descargarse sobre su cabeza las iras del Eterno. Como Cain edificaba ciudades y sus fuertes muros no le ponian á cubierto del temor. Por eso no se necesitaban crue-

les castigos. Si por la vez primera se habia enrojecido la tierra con la sangre del justo, por única vez acaso la sangre no se ha redimido con la sangre.

De este modo el respeto religioso y los vínculos del cariño inspiraban la obediencia, y á la vez templaban la autoridad paternal.

Su culto era tan sencillo como su legislacion. A la pálida luz de la luna ó al nacer el sol en el Oriente, ofrecian á Dios los frutos de sus campos los labradores, le sacrificaba sus primeros corderos el pastor. Ofrendas sencillas que Dios aceptaba, porque con ellas iba la mas pura de las ofrendas, la ofrenda del corazon.

La propiedad existia indudablemente, porque el hombre no se puede concebir sin propiedad (1). Pero existia la propiedad individual? Indudablemente no. El padre absorbia todos los derechos: el padre era el único propietario. La propiedad pertenecia al pequeño estado, á la familia. Muerto el padre, el primogénito rennia todos los derechos paternos y le sucedia tambien en la propiedad.

Véase, pues, cómo en esta organizacion tan sencilla estaban garantidos todos los derechos con un solo vínculo, el *cariño*. Véase tambien cuál era el carácter de estas primitivas sociedades, la *unidad*. Cómo pasaron de la unidad á la multiplicidad, del vínculo del amor al vínculo de la fuerza, del patriarcado á la aristocracia, será el objeto de nuestro artículo siguiente.

(1) Véanse los artículos de *Propiedad*.



MEMORIAS DE UN VIAJE,

POR

DON JOSE SANTA COLOMA.

CAPITULO PRIMERO.

Un cuarto de hora.

He de dar rienda suelta á mi caballo mal que le pese á mi estrella, solia decir con frecuencia un jóven que la casualidad me hizo conocer; y para que mis lectores tengan una idea del modo extraordinario con que nos saludamos por primera vez, y el lugar que ocupa en la descripcion que me propongo, indicaré los sucesos cual mi débil memoria me lo permita.

Sabido es la etiqueta que se observa en los que viajan, y mayormente cuando estos lo hacen en carromatos ó galeras.

Por mi fortuna ó desgracia, la esperiencia me ha hecho conocer la diferencia que debe hacerse en los distintos modos de trasportarse que hoy tenemos. Ahora bien: en la provincia de Sevilla á las siete leguas hácia Poniente hay una villa titulada *Arahal*. De esta á la de Osuna, si mal no estoy informado, pues me he propuesto yo tambien dar rienda suelta al mio, habrá otras siete leguas. Asuntos propios me pusieron en el caso de salir de la indicada villa en la que á la sazón residia; y como que la galera en que debia partir era la de Osuna que hacia noche en el Arahal, como es consiguiente, prévios los avisos de ordenanza, de *hay un asiento para un pasajero, cuente Vd. conmigo*, etc. etc. mi primera diligencia fué el madrugar y colocar la mnestra, que habia de servirme de alimento en todo aquel día, en un extremo del varal delantero próximo al asiento que en primer término me apropié.

Todo el que ha magullado sus delicados huesos en tales carretones es indispensable sea *Cuco* (permítaseme esta espresion) y como tal, mientras los que me habian de servir de compañeros de viage se entretenian en reponer sus estómagos, unos con la mañana (1) y otros con el chocolate; como que ni uno ni otro me fuera preciso tomar (no sé por qué) me coloqué en primera fila hecho un ovillo, mientras no llegaba la deseada hora. Recuerdo que en el mes de marzo y á las cuatro de la mañana, no debia estar ni muy desprovisto de abrigo, ni muy desembarazado de mis arrecidos miembros.

—¡Gracias á Dios! dije al escuchar una voz que decia: *Caballeros, que ya está enganchado*. Enton-

ces como voz preventiva di nuevo giro á mi cuerpo y me tendí cuan largo era, con la idea de ocupar el asiento de dos. Colocado á mi satisfaccion fueron subiendo sucesivamente mis compañeros: el uno me pisaba, el otro, por haber perdido el equilibrio, se me agarraba sin reparo alguno donde mas pronto podia: si tenia atencion el que me habia estropeado una... *espinilla*, con, *Usted dispense, amigo*, estaba cumplido, y si no me decia á mí mismo: *mas pasó Dios*. Por fin, despues de haber llorado en secreto los martirios que preferí por la estabilidad de una posicion cómoda, cada individuo fué colocándose en el sitio que mas le agradára ó mas le convino, ó le dejaron. Afortunadamente la eleccion que hice de asiento no debió haber sido ocupado por ninguno de los que estaban ya acomodados, pues estoy seguro que á un intruso le hubieran hecho respetar el derecho de propiedad adquirido en veinte y cuatro horas. No vamos mal, me decia tendido cuan largo soy: mas, ¡oh sorpresa! vino á turbar mi calma un hombre que sin consultarme si eran los pies ó la cabeça se encaramó sobre mi *delicado* rostro. Soy franco, si como se decidió por la cabeza lo hubiera hecho por los piés, la conformidad fuera duradera hasta que con los vaibenes de la galera y mis esforzados movimientos por sí solos abrieran paso á la mole que no me dejaba ningun conducto para respirar, aun cuando de esta manera la cucaña la tenia segura, no era posible continuar en semejante posicion. Es de presumir por los resultados que tuvo este incidente, que antes de tomar determinacion alguna previera infinidad de pormenores que dejó á la consideracion de un hombre de temple, si debia sufrir un insulto como aquel.

Un alfiler que indistintamente me estaba palpando en la solapa del lebita, y que era de dos maravedis, fué lo primero que se me ocurrió para aligerar un peso que por intervalos me ahogaba. Pensarlo y ponerlo en práctica, todo fué obra de un momento.

La rapidéz de un rayo, cohete ó exhalacion, no tuvo comparacion con la que salió el prógimo desconocido al sentir una banderilla, que si no de fuego por los efectos que surtió fué muy semejante.

Un grito descompasado puso en espectacion á todos los que se hallaban en un profundo silencio: y empezáronse á preguntar unos á otros: qué ha ocurrido? Se dejaba notar entre la cofusion que se movió, los gritos de nuestro protagonista que con voz estentórea cual sus pulmones se lo permitian decia: ¡Mayoral...! ¡Mayoral...! pare Vd. las mulas...!

La gran pendiente en que nos hallábamós, el alboroto de los enjaulados y las repetidas preguntas

(1) El aguardiente.

del que dirigia el carruaje, ocasionaron que los animalitos que salian de la cuadra con grandes deseos de correr, y animados por lo favorecido del terreno, no fué posible sujetar á ocho valientes mulas que corrian á mas no poder.

Un fuerte estremecimiento que dió la galera nos sacó de una ansiedad difícil de pintar. La galera se hallaba embarrancada. Dejo á la consideracion de mis oyentes las imprecaciones que se desprendieron de la boca del fiero mayoral, al que conoceremos en la historia con el nombre del *Juramentado*. Puedo asegurar á Vds. que me horroricé al sentir las maldiciones que se dejaron escapar de aquella caverna descomunal. A su debido tiempo relataré sus cualidades físicas y morales.

No obstante de haberme dotado la divina Providencia de una serenidad poco común, en aquellos momentos tan críticos, protesto creí me abandonase: empero luchando conmigo mismo, decidí por pedir esplicaciones que no tuvieron el éxito que me prometí.

El antagonista, cuando la galera volaba, y como no tenia asiento fijo, é impelido por los saltos que daba, no hizo otra cosa que rodar de un lado para otro, sin que pudiera entendersele con claridad el motivo de su agitacion. Todos algo mas tranquilos menos el Juramentado, que saltó á tierra como un rayo, y proseguía con mayor furor los reniegos contra los que causaron tan fatal incidente. *¡Bajo todo el mundo*, decia, *que con el pescuezo voy á hacer que saquen Vds. la galera!* Una voz de buen sonido que salió de lo último del carruaje paralizó algun tanto á aquel desatento hombre, que olvidado de su natural cordura llegó el momento de poner término á sus demasías.

Instantáneamente nos fuimos apeando, haciéndolo el primero mi... enemigo acérrimo, yo el segundo, y el de la voz sonora el tercero, siguiendo el mismo ejemplo once personas de ambos sexos y diferentes edades.

Lo primero que se me ocurrió al verme libre, fué perderme, es decir, quitarme de la vista de todo el mundo; pero... no, ya era forzoso ventilar un asunto que en sí nada era, y como la imaginacion es tan vehemente y se remonta á su libre albedrío, me dejó meditar en disposicion que me encontraba capaz de contrarestar á los ataques por lógicos que fueran.

A la sazón, el de la voz sonora se hallaba exigiendo esplicaciones al mayoral de sus denuestos: las mujeres llorando y gritando porque sus maridos habian tomado parte activa en la refriega, y yo frente á frente con el consabido que me decia:—«La impru-

dencia de Vd. ha puesto en un conflicto á sin número de personas que han viajado con la tranquilidad, hasta que Vd.... discolo, sin miramiento ha venido á alterarla.» La mano del Juramentado que me tocó en el hombro me llamó la atencion, pero no hice caso, y dispuesto á contestar á los cargos que se me hacian, torné á mirar al que esperaba pronta respuesta. A esto el amo del carruaje se interpuso entre ambos y me dijo:

—Con que es decir que hasta las señoritas están trabajando para sacar la galera, y Vds. van á concluir de coronar la fiesta?

Efectivamente tiene Vd. razon, que no es justo: tiempo queda para ventilar la cuestion; lo primero es lo primero, dije, y nos desapartamos para ocuparnos en la difícil tarea.

(Se continuará.)

Filosofía de las narices.

Sabido es, y hasta se reputará como simpleza, el decir que las narices pueden todas ser comprendidas para su clasificacion general en tres especies, á saber: narices grandes, regulares y pequeñas, con los respectivos matices, diferencias y subdivisiones. Si bien esta distribucion es una tontería, si se quiere, como la mayor parte de las cosas que se dicen y hablan son tambien tonterías, y atendiendo á que el mayor número de hombres se compone de tontos y necios, nada tiene de extraño lo que llevo asentado. Mas á mi objeto solo hace detenerme en las dos notables categorías estremas de las narices: esto es, las magnas superlativas *narices-jigantes*, non plus ultra del humano *naricismo*: y las narices raquílicas ó meramente figuradas, en bajo relieve; *casí narices pseudo-narices, narices-carel el si-es-no-es* de las narices. Ya entre los antiguos griegos proporcionaban abundante materia para sátiras y epigramas las narices pronunciadas. Me propongo, pues, demostrar en este artículo las ventajas y desventajas que de unas y otras puede reportarse.

Una grande nariz es como un promontorio, un escollo de carne y hueso, donde fracasan y se estrellan cuantos golpes se asestan contra la cara, la que se oculta lo mismo que una planicie de los rayos que caen en la cima de una próxima montaña. A un sugeto de estos bien armados con vela latina en el centro de la cara, no se le puede decir que sea un hombre de poca importancia, de pocas narices; sirve para empleado mejor que ningun otro porque olfateará desde lejos cualquier espediente; al mismo tiempo que podrá entrar de lleno nariticamente

hablando, en cualquiera cosa ó materia; y reúne á esto la facilidad de tener constantemente un itinerario que vaya anunciando á cada paso su llegada á donde quiera que sea. Además, un pretendiente de nariz prolongada lleva suma ventaja á los otros compañeros de petitorio, pues aun cuando un portero de pocas palabras y de mala catadura, si alguno hay que la tenga buena, impide el paso para hablar con S. E., y solamente les permite quedarse en las antecámaras, el primero enviará sus narices al despacho del ministro ó director y revolverá cuanto se le antoje, mientras los otros están sufriendo un poste sentados, si pueden, á la puerta del tinelo. Si por desgracia no consiguió lo que pretendía, jamás se dirá que ha salido sin buena tajada, puesto que la posee perenne llevándola de muestra para convencimiento de incrédulos. Una nariz de tal arquitectura sirve á su dueño de egida, es como un escudo carnosos que defiende la figura de un mandoble. Si se pega un porrazo en la punta de la nariz contra cualquiera cuerpo resistente, ésta hace de centinela avanzada, y avisa muy sensible y perceptiblemente lo que pasa en la vanguardia, y obliga á la masa del ejército á emprender la retirada, ó á cambiar de direccion sobre la marcha. Tal nariz equivale á la par á un barómetro, por cuanto en empezando á enfriarse por la punta, anuncia tiempo crudo de frios, nieves ó hielos. Quien tenga narices pródigas puede afirmar en todo evento, yo me agarró á buenas aldabas, que es igual á agarrarse á buenas narices.

Sin embargo, las ventajas referidas están contrapesadas con grandes inconvenientes é incomodidades. Si por una fatalidad no sale airoso en cualquier asunto, le zumban con la espresion vulgar «se quedó con una cuartita de narices», y no tienen de qué quejarse, pues es claro y patente, y es la pura verdad. Si casualmente su querida es tambien un poco ennarigotada, y quiere darla un beso ó viceversa, aquí es ello; se espondrán primero á un naricidio, y tendrán que sortear con sus respectivas narices, que harán el espectáculo de dos gallos ingleses picoteándose muy empingorotados. Si pasa por debajo del alero de un tejado y lleva puesta en la cabeza gorra de cuartel, cayendo alguna cosa de arriba, le toca perpendicularmente en la nariz y cierto que no es el sitio mas oportuno, aconteciendo quizá que el objeto desprendido no simpatice con un olfato delicado, y éteme aquí al hombre que va recogiendo y oliendo lo que no debiera, si su seccion nasal estuviese un poco mas replegada á retaguardia. En fin, un hombre así no es un hombre cualquiera, sino un hombre á una nariz pegado

como dice Quevedo, y siendo de este modo el hombre accesorio de la principal, tiene por las reglas del derecho que seguir á la nariz y andar continuamente con ella, detrás y en trazas de page.

Vengamos ahora al extremo opuesto: á un chato, á un desnarigado todo el mundo le llama *calavera*, y no tiene mas remedio sino aguantarse. Nadie puede asirle de las narices, ni aun los alguaciles, porque se niega el supuesto falta la materia *agarrable*. Semejantes hombres no son completos porque carecen de un miembro, y no un miembro cualquiera, sino de uno que fué declarado tal por un bill del Parlamento inglés. Ocurriendo que un sugeto cortó las narices á un enemigo suyo, y alegando en su defensa que no habia ley que le condenase, pues solo una hacia referencia á la mutilacion de miembro y que las narices no se hallaban en semejante caso; el Parlamento, antes de pronunciarse la sentencia, hizo la declaracion solemne que llevo relatada, esto es, que las narices debian considerarse como uno de los miembros del cuerpo humano.

De suerte que las narices y sus incidentes han ocupado á todo un Parlamento inglés; así que no se admire que tambien ocupe á quien escribe este artículo en el género y estilo que se reconoce.

Una cara sin narices viene á ser una obra sin remate, un barco sin timon, un pan sin canterillo; se parece asimismo á una redondez que todos comprenden que sea, y no es decente mentar aquí. La carencia de nariz suele ser alguna vez rastro ó reliquia de la mala vida pasada, y de esta manera son narices emigradas, ó mas bien que abandonaron su pátria sin intencion ni propósito de volver. Un hombre de esta clase goza la felicidad de poder desfigurarse completamente: varía de domicilio: se planta postiza la parte de nariz que le falta hasta el íntegro... ya es imposible conocerle. Pero quitando la porcion de nariz manufacturada, va publicando por todos sitios «*hic jacet*, aquí hubo un naricidio, aquí fué Troya,» y acaso acertará en mas de un concepto, y exclamará:

Mirad, narices, mirad,

lo que va de ayer á hoy.

Muchas curiosas y diferentes cuestiones pueden suscitarse en el asunto que se ventila.

1.^a ¿Convendria que el rostro humano tuviese nariz, ó sería mejor que fuese liso y llano sin semejante mueble en medio de la cara?

2.^a Convenido en su existencia y necesidad, dónde se le colocaría con mas acierto, donde se halla, en otro lugar, en la misma cara, ó en otro diferente y fuera de ella?

3.^a ¿Qué sería mas cómodo y ventajoso, su estructura á modo de gnomon ú horario de reloj de sol, ó por el estilo de trompa de elefante que pudiese moverse, ó á semejanza de las linternas de librillo ofreciese la particularidad de aplastarse hácia los dos lados?

4.^a ¿Sería tambien bueno que la nariz tuviese tal consistencia que fuese de hueso ó cosa equivalente para resistir á cuantos embates se presentasen, asi como los buques tienen la proa y el pez-espada la prolongacion de la mandibula inferior, ó sería un adelanto y una conveniencia la elasticidad de las narices?

5.^a ¿Debería adoptarse la moda y costumbre de cubrir la nariz por el tiempo de frio con una especie de funda, bolsa ó cobertura parecida, puesto que tambien la barba, la boca y parte de las orejas se tapan cuando conviene con bufandas y pasa-montañas; y puesto que la nariz es la facion mas sobresaliente de la cara, que las narices son las que deciden del mérito, circunstancias y servicio de aquellas; culminancia fisonómica principal, protagonista, jefe de todo el departamento en que está como enclavada y condicion esencial, pues sin ella la cara es carátula ó calavera, y abundando ella no es cara sino *ca-ron*, y por tanto acreedora á iguales miramientos y consideraciones de abrigos, tapaduras ó resguardos, no menos que la parte mas pintada en sentido metafórico.

Cuestiones son estas muy difíciles, resbaladizas y á la par muy profundas; yo confieso francamente que no me hallo adornado con los conocimientos necesarios para dilucidarlas cual se merecen; y asi las dejo á la resolucion de mis lectores, haciéndoles notar que tales cuestiones interesan á todo el género humano.

No obstante, decididas aquellas controversias y otras varias, por ejemplo, ¿sería mejor que las pantorrillas estuviesen en la parte anterior de las piernas? ¿sería preferible que las orejas fuesen mucho mas prolongadas y se moviesen como las de un perro de perdices? ¿adelantaríamos algo con tener un ojo en el cogote además de los otros dos? Añadiendo á esto la reforma de Bravo Murillo, la de Benavides ó cualquiera otra por el estilo que ocupe gravemente al Congreso nacional, era lo bastante para ser todos felices. Que las gentes se mueran de hambre; que no haya carreteras ni puentes ni otras comunicaciones donde hacen gran falta. Que en la mayor parte de las provincias de España se pase una vida monotona, ignorante y estúpida. Que haya ciudades que se creen decentes donde no se halla una posada regular. Que sea preciso proveerse de fiambre para

hacer un pequeño viage por no ayunar sin ser cuaresma. Que haya capitales de provincia cuyo teatro es una bodega. Que haya sala capitular de ayuntamiento contigua á la pocilga de los cerdos, equivocándose á veces los concejales á la entrada. Que haya aun clérigos hipócritas y majaderos que censuren la concurrencia á los bailes, mientras que ellos se refocilan con sus amas y doncellas de servicio. Todas estas cosas y muchas otras son una bicoca.

(Se concluirá.)

La flor del agua.

¿Por qué tiembla?—No lo sabe.
¿Qué aguarda en el lago?—Nada.
De las aguas enlazada
A los hilos su raiz,
El movimiento suave
De la linfa ya siguiendo,
La cabeza sumergiendo
Del agua, al menor deslíz.

Así la halló la alborada
Así la encuentra el lucero,
Siempre el esfuerzo postrero
Haciendo para bogar;
Y en las olas la encallada,
Vaga y frágil navcilla
Sin poder la florecilla
Impeler ni abandonar.

Movimiento que no cesa,
Ansiedad que se dilata,
Ni el agua que sus pies ata
Sostiene á la débil flor.
Ni deja, en sus olas presa,
Que vaya libre flotando,
Quiere que viva luchando
Siempre en continuo temblor.

¡Ya se inunda...! ¡Ya se eleva!...
¡Ya la corriente la traga...!
¡Ya navega... ya naufraga!
¡Ya se salva... ya venció!
¡Ya el agua otra vez la lleva
En sus urnas sepultada...!
¡Ya de nuevo sobrenada
En el agua que la hundió...!

Flor del agua, ¿cuántas flores
Viven en paz en la tierra!
Sola tú vives en guerra
En tu acuático jardín:
Te dá la lluvia temores,
El manso pez te estremece,
Y tu belleza perece
Sin gozar descanso, al fin.

Tú, poetisa, flor del lago,
Por amante, por cantora,
Has venido en mala hora
Con tu lira y tu pasión;

Que en el siglo extraño y vago
A quien vida y arpa debes
Donde quiera que le lleves
Fluctuará tu corazón.

Que las cantoras primeras
Que á nuestra España venimos
Por solo cantar sufrimos,
Penamos por solo amar;
Porque en la mente, quimeras
De un bello siglo traemos,
Y cuando este siglo vemos
No sabemos dó bogar.

Las primeras mariposas
Que á la estación se adelantan
Y su capullo quebrantan
Sin aguardar al Abril,
Nunca saben temblorosas
A dónde fijar las alas,
Siempre temen que sus galas
Destroce el aire sutil.

Las ráfagas las combaten,
Las extrañan los insectos,
Y de giros imperfectos
Si cansado el vuelo ya
Sobre las plantas lo abaten
Buscando el capullo amigo,
Hallan que néctar ni abrigo
La flor en boton les dá.

Las orugas, que encerradas
Aun están en sus clausuras,
Mañana al campo seguras
Podrán sus alas tender;
Mas, aquellas desdichadas
Que antes cruzan la pradera
Morirán, la primavera
Risueña sin conocer!..

¿Cuál es tu barca?—Una lira.
—¿Qué traes en ella?—Sonidos.
—Vuélvete, que no hay oídos
para tus sonos aquí;
Vuélvete, joven, y mira
Si en tu barca, mas sonoro,
Puedes trasportarnos oro
U otro cargamento así.

¿Quién te llama? ¿A qué nos vienes
Con peregrinas canciones?
El trueno de los cañones
Del siglo el concierto es,
Y en vano sus anchas sienes
Pretendes ceñir de flores,
¡Ay! sus pies destrozadores
Hollarán cuantas le des.

¿Vienes de nuevo, alma mía?
¿Qué traes en la barca?—Amores.
Torna á otras tierras mejores,
Torna el camino á emprender;
Si es oro nuestra poesía
Nuestros amores son.... nada.

Vé si la nave cargada
De cetros puedes traer.
Que, si no de amor, tenemos
Tan elevadas pasiones,
Que sentimos ambiciones
De un cetro cada garzon;
Y cada garzon podemos,
Con nuestros genios profundos,
Media docena de mundos
Fundir en una nacion.

¿Otra vez? ¿Qué traes ahora?
Siempre en el mismo camino
Sobre el cáuce cristalino
En su barquilla la flor:
Así la dejó la aurora,
Así la encuentra el lucero,
Siempre en el afán primero
Siempre en el mismo temblor.

Tú, poetisa, flor del lago,
Por amante, por cantora
Has venido en mala hora
Con tu amor y tu cantar:
Que en el siglo extraño y vago,
A quien vida y arpa debes,
Donde quiera que la lleves
Puede el alma naufragar.

Mas, escucha, no estás sola
Flor del agua, en el riachuelo:
Contigo en igual desvelo
Hay florecillas tambien:
Que reluchan contra el ola,
Que vacilan, que se anegan,
Que nunca libre navegan
Ni en salvo su barca ven;

Pero, enlazan sus raices
A la planta compañera,
Y viven en la ribera
Sosteniéndose entre sí:
Y cual ella mas felices
Desde hoy serán nuestras vidas
Si con las almas unidas,
Vivimos las dos así.

CAROLINA CORONADO.

EPÍGRAMA.

Un cazador celebrado
En su honrada profesion
Le pidió á su esposa el cuerno
Para echar el perdigon:
Mas ella que lo entendió,
Y la ocasion vió llegar,
Le dijo que lo tenia....
Colocado en su lugar.

J. D. ALVAREZ.